

Termina la plegaría, y Ugo, que habia permanecido arrodillado mientras duró la invocacion al Espíritu Santo, se levanta y dirige al pueblo el siguiente discurso :

« Escuchadme, hermanos míos. Dios no quiere que los hermanos viertan la sangre de sus hermanos, y os ordena por mi boca abjureis de tan impíos proyectos. ¡Desgraciado de aquel que desprecie los decretos divinos!... Hermanos míos, yo tambien he sido soldado, y bajo este título os digo : Baldon eterno al cobarde que en lugar de marchar contra el enemigo de su patria, vaya á inmolarse á los que pueden defenderla con él!... En el nombre de Dios, y so pena de su maldicion, os conjuro á renunciar á vuestros odios parricidas, á que os prometais mutuamente el olvido, el perdón y la paz, jurándolo sobre el Evangelio. »

A estas palabras, levántase un murmullo favorable, y estalla la aprobacion general. Ugo hace señal con la mano reclamando el silencio, y dice :

« ¡Rolando! ¡Rolando Avogado, á tí te toca dar el ejemplo! ven, el Evangelio está pronto y Dios va á recibir tu juramento. »

Pero Rolando no responde; irritado, implacable, aparta los ojos de aquella escena imponente, y los fija en el suelo con tenacidad.

« ¡Rolando! ¡Rolando prorumpo el pueblo; salva á tu país, haz el juramento. » Se le presenta la cruz para que la bese, redoblan las exhortaciones del pueblo, mas él permanece inmóvil.

Se adelanta por fin, pero inflexible; las lágrimas surcan su semblante, lágrimas no de ternura, sino de ira, y con voz fuerte exclama : « ¡No! »

Renueva sus instancias el piadoso arzobispo; los padres y amigos de Rolando rodean á éste, hasta que enternecido por sus ruegos, concluye por ceder.

Acércase á la urna de plata, pone la mano sobre el Evangelio y jura el olvido y la paz.

Resuenan los aplausos en la plaza. Llámase á los jefes del partido contrario y prestan el mismo juramento.

Todos aquellos enemigos antiguos se abrazan; los odios que parecian implacables se extinguen para siempre, y los genoveses ya no tienen sino un mismo corazón, un mismo pensamiento. En aquella noche feliz terminaron las crueles enemistades que iban á causar la ruina de la patria.

Fidelidad á la patria ingrata : Focion.

Focion, uno de los hombres mas célebres de Grecia, fué condenado injustamente por sus ingratos conciudadanos, y hallándose en sus últimos momentos, le preguntaron si no tenia nada que decir para su hijo. « Recomendadle de mi parte, dijo, que sirva á su patria con tanto celo y fidelidad como yo, y sobre todo que olvide que el premio que ella ha dado á mis servicios ha sido una muerte injusta. »

Leonidas en las Termópilas.

[480 años de J. C.]

Jérjes, rey de Persia, marchaba contra Grecia á la cabeza de un ejército innumerable. Las repúblicas griegas se aprestaban á la defensa, y en tanto que se reunian sus fuerzas, se resolvió enviar tropas para guardar el desfiladero de las Termópilas por donde debia pasar el enemigo. Este desfiladero, situado entre el mar y las montañas, no tiene en ciertos sitios mas que algunos metros de ancho.

Estaban entonces á la cabeza de la confederacion griega los lacedemonios ó espartanos, trescientos de los cuales recibieron la orden de ir á defender el desfiladero de las Termópilas al mando de Leonidas; cuatro mil griegos de las demas ciudades marcharon con ellos, de modo que cuatro mil trescientos hombres iban á disputar el paso á trescientos mil.

Llegado que hubo Jérjes á las Termópilas, no podia creer que un puñado de hombres osase resistir contra sus fuerzas, y escribió á Leonidas estas palabras : « Si quieres

someterte, te daré el imperio de Grecia. » Leonidas contestó: « Prefiero morir por mi patria á esclavizarla. » La segunda carta del rey solo contenia estas palabras: « Rinde tus armas. » Leonidas escribió debajo: « Ven á tomarlas. »

Ciego de cólera, manda Jérges á una de sus divisiones que vaya á coger á aquellos hombres y se los presente vivos. Algunos soldados se acercan á Leonidas diciéndole: « Los persas se acercan. » Y él responde friamente: « Decid mas bien que estamos cerca de ellos. »

Se adelantan las tropas persas, y los griegos en masa los ponen en desórden y los derrotan. Durante dos dias se renuevan los ataques con tan poco éxito, que ya Jérges comenzaba á desesperar de forzar el paso, cuando por la noche le descubrió un traidor una vereda por donde podia flanquear la montaña y envolver la posicion de los griegos.

Sabedores estos de tan funesta nueva, reúnen sus jefes y les dice así Leonidas: « Amigos, marchaos en seguida, no prodiguesis aquí vuestras vidas que son necesarias para la defensa comun. Por lo que hace á nosotros, las leyes de nuestra patria no nos permiten dejar el puesto que se nos ha designado sino con la vida; hemos recibido órden de defender el paso y le defenderemos hasta morir. No creais que será inútil nuestro sacrificio, porque doblará el valor de los griegos, miéntras que en nuestros enemigos crecerá el espanto al conocer el pueblo que quieren sujetar. »

Quedóse, pues, solo Leonidas en el desfiladero con sus trescientos espartanos; conmovido de la suerte que esperaba á dos jóvenes con quienes le unian los lazos de parentesco y de la amistad, dió al uno una carta y al otro una comision secreta para los magistrados de Lacedemonia. « No hemos venido aquí para llevar despachos, dijeron, sino para pelear. » Así se vió obligado á ceder á sus instancias para no privarles del honor de morir por su patria.

Pronto vieron aquellos nobles guerreros caer sobre ellos

la innumerable muchedumbre de los persas. Leonidas fué el primero que sucumbió despues de haber inmolado gran número de enemigos. Todos sus compañeros cayeron á su vez, acribillados de heridas, despues de vender muy caro sus vidas.

El sacrificio de Leonidas y de sus compañeros produjo mayor efecto que la victoria mas brillante; pues de este modo hizo conocer á los griegos el secreto de sus fuerzas, y por otra parte, la admiracion que inspiraron aquellos héroes engendró el ardiente deseo de imitarlos; la ambicion de gloria, el amor á la patria, todas las virtudes cívicas se elevaron á un grado desconocido hasta entónces.

En el sitio donde fueron sepultados los héroes de las Termópilas se erigió una columna con esta sencilla inscripcion: « ¡Pasajero! Vé á decir á Esparta¹ que hemos muerto aquí por obedecer á sus leyes. »

Flamma.

[Siglo iv ántes de J. C.]

Estaba el ejército romano como sitiado por los samnitas² en un desfiladero de donde no podia salir sin ser destruido. Durante la noche deliberó el cónsul con sus principales oficiales acerca de los medios de evitar el inminente peligro. « No hay mas que un medio, dijo uno de los oficiales llamado Flamma; y es que esta misma noche vayan quinientos soldados á apoderarse de la sola colina que aun no está en manos del enemigo. Al rayar el alba es seguro que los samnitas atacarán la colina, nuestros quinientos hombres perecerán todos, pero miéntras entretienen al enemigo darán tiempo al resto del ejército para ponerse en salvo — El consejo es excelente, dijo el cónsul; si hay quinientos hombres que quieran sacrificarse, se salvará el ejército. Pero, ¿quién los conducirá á ese punto

1. O Lacedemonia; con ámbos nombres se designa la capital de la Lacedemonia en el Peloponeso.

2. Los samnitas eran un pueblo de Italia que resistió largo tiempo, vendiéndolos algunas veces.

de donde ninguno volverá?— ¡Yo! » exclamó Flamma. Con el asentimiento del cónsul eligió quinientos valientes invitándoles á ir á morir con él por la patria, y todos respondieron á su llamamiento. Pónense en marcha en profundo silencio, y llegan á la colina; al siguiente día les atacó el enemigo, pero desguarneciendo un paso por donde pudieron escapar el cónsul y su ejército.

Dícese que Flamma, cubierto de heridas, pero respirando todavía, fué salvado por los enemigos admirados de su valor, y habiendo recobrado su libertad, prestó á su patria servicios dignos de ella y de él.

Winckelried.

Leopoldo, duque de Austria, entró en Suiza á la cabeza de un poderoso ejército con intento de poner este país bajo su dominación. Cerca de Sempach encontró al ejército suizo, en escaso número y mal armado. Los soldados de Leopoldo cubiertos de hierro de piés á cabeza, formaban una masa compacta; sus anchos escudos y sus largas picas, que desde la cuarta fila podían salir fuera de la primera línea, hacían impenetrable el frente de aquella terrible cohorte. Inmóviles en sus puestos recibieron los soldados con las puntas de sus picas los primeros esfuerzos de sus denodados enemigos, estrellándose diferentes veces la impetuosidad de los suizos contra aquella muralla de hierro erizada de puntas homicidas. Ya la falange austríaca comenzaba á moverse con formidable ruido amenazando envolver el corto número de los soldados suizos, que sentían ya debilitarse su valor á la vista de sus pérdidas y del peligro; su irresolución en tan crítico momento iba á consumir su derrota.

Uno de ellos, llamado Arnoldo Winckelried, exclama entonces: « Compañeros, yo voy á abrir paso: dejo á vuestro cargo mi mujer y mis hijos. » Y rápido como el relámpago, corre hacia el enemigo, abraza con todas sus fuerzas cuantas picas austríacas puede abarcar, hundién-

dolas en su pecho, pero arrastrando con ellas al caer á los que las tenían, y abre de este modo en la falange enemiga un boquete por donde entran los soldados suizos. Sus apretadas y estrechas filas penetran en las austríacas desordenándolas y poniéndolas en dispersion.

Vencidos los austríacos por el asombro ántes de ser heridos por el hierro, en medio de su confusión chocan unos con otros, caen sin resistencia y espiran la mayor parte de ellos bajo el peso de sus armaduras.

El ejército austríaco fué destruido, y Leopoldo halló la muerte en las filas enemigas.

Eustaquio de Saint-Pierre.

Eduardo III, rey de Inglaterra, puso sitio á Calais, apoderándose por fin de ella el 3 de agosto de 1347. Irritado por haber estado tanto tiempo al pié de sus muros, rehusaba al principio conceder capitulación alguna á sus habitantes. Contentóse por último con que le entregaran á discreción seis de sus principales ciudadanos, que debían serle presentados con la cuerda al cuello y las llaves de la ciudad en las manos.

Esta noticia sembró la consternación en los de Calais; era preciso enviar á seis de sus compatriotas á una muerte segura.... ¿A quién le tocaría la suerte que no hubiese prestado servicios á su patria y cuya pérdida no hiciese verter lágrimas á sus conciudadanos? Nadie se resolvía á tomar una determinación, hasta que el generoso ciudadano Eustaquio de Saint-Pierre rogó á sus compatriotas le permitiesen sacrificar su propia vida por salvar las suyas. Otros cinco imitaron su ejemplo.

Ellos mismos se pusieron al cuello la cuerda que debía ser el instrumento de su suplicio; diéronles las llaves de la ciudad y se ponen en marcha; todos los habitantes los miran desde lo alto de las murallas derramando lágrimas. Los seis heroicos ciudadanos se presentan á Eduardo y le entregan las llaves de Calais. Recíbelas el rey con airado

semblante y manda poner á las víctimas en manos del verdugo. Afortunadamente se hallaba á la sazón en el campamento la reina de Inglaterra Felipa de Hainaut, que no podia consentir se cumpliese aquella órden inhumana, y á fuerza de ruegos y de lágrimas obtuvo de su marido la vida y la libertad de los seis generosos franceses.

D'Assas.

El caballero d'Assas, capitan del regimiento de Auvernia, en 1760, recibió el encargo de hacer un reconocimiento durante la noche á corta distancia del campo frances, en las cercanías de Clostercamp, en Westfalia. Marcha en silencio por medio de los bosques en profunda oscuridad, mas de pronto siente que varias espadas se apoyan en su pecho, y una voz sigilosa le dice al oído: « Si das un grito eres muerto. » Era una columna enemiga que se adelantaba en silencio para sorprender á los franceses. Reuniendo d'Assas sus fuerzas, grita con toda la fuerza de sus pulmones: « ¡A mí, Auvernia! ¡El enemigo! » Cayó atravesado de heridas, pero se salvó el ejército frances.

Desilles.

En los primeros dias de la Revolución francesá se sublevó un regimiento que estaba de guarnicion en Nancy. Un cuerpo numeroso se adelantaba para restablecer el órden y se prometió una amnistía á aquellos soldados ilusos si entraban en el camino del deber. Hallábase ya la vanguardia á treinta pasos de una de las puertas de la ciudad, que defendian los facciosos con dos cañones cargados con metralla; con la mecha encendida en la mano, contestan con gritos enfurecidos á la intimacion que les hacen de rendirse y se disponen á hacer fuego contra las tropas.

En aquel instante se lanza en medio de los sublevados un jóven oficial del mismo regimiento, y se opone á que ejecuten sus desastrosas intenciones. Viendo Desilles (éste

era su nombre) que son vanas sus instancias y que los revoltosos quieren saciar su sed de sangre, arranca de sus manos las mechas encendidas, y colocándose sobre una de las piezas que cubre con su cuerpo, exclama: « ¡No, el regimiento no hará traicion á su patria! » En el mismo instante echa de ver que van á disparar el otro cañon, distante algunos pasos del primero, se arroja delante de la boca, pronta á vomitar la muerte y la carnicería, y prorumpe en estas palabras: « Son franceses, vuestros hermanos de armas, ¿y os atreveréis á tirar contra ellos?... ¡No! ántes me quitareis la vida. » Notando que sus palabras han desperdado el honor en los corazones y que han causado impresion en los que le rodean, que permanecen inmóviles, vuelve á la otra pieza que ya iban á disparar y declara que ántes le harán pedazos que dejar el peligroso puesto que ocupa. Pero su tenaz resistencia exaspera á los facciosos, que, irritados de ver que un hombre solo se opone á su resolucion, cediendo al furor de que están poseidos, vuelven contra él las armas parricidas, y cae Desilles acribillado de balas y bayonetazos. Compadecidos de su sublime abnegacion algunos habitantes de la ciudad, alzan aquella noble víctima que riegan con sus lágrimas, le trasportan á una casa próxima, donde el jóven héroe espira profiriendo estas palabras memorables: « Al ménos yo no sobreviviré.... al deshonor de mis compañeros de armas! »

Sin embargo, el rumor de su muerte que corrió entre los amotinados influyó para que la vergüenza y el arrepentimiento reemplazaran á su furor, pues es irresistible la impresion que produce una accion heróica inspirada por el sentimiento del deber. Aprovecharon los jefes aquel cambio repentino para hacer entrar en la obediencia á los facciosos, bastando la muerte generosa de un jóven oficial para impedir que una de las ciudades principales de Francia, y tal vez una provincia entera, fuese presa de los horrores de la guerra civil.

Schwardin.

[19 de setiembre de 1793.]

Un ejército de cuatro mil soldados, al mando de Kleber, se veía perseguido en Forfou, durante las guerras civiles de la Vendea, por veinte mil hombres pertenecientes al partido contrario. Llama Kleber á su amigo el coronel Schwardin, y le dice: «Ya ves nuestra posición; tú vas á situarte en el barranco con tu regimiento, te harás matar, pero me darás tiempo para salvar el ejército. — Así lo haré, general,» responde Schwardin, quien en seguida se pone en marcha, se atrinchera en el barranco, sostiene con su gente el ataque del enemigo, da tiempo á Kleber y á su pequeño ejército de ponerse en salvo, y muere gloriosamente con todos aquellos valientes.

La Palice.

[1521.]

El valeroso la Palice, caballero frances, era el comandante de una ciudadela sitiada por los españoles; en una salida que hizo, cubierto de heridas, quiso volver á la fortaleza, pero los españoles le impiden el paso; entónces se apoya contra una pared y se defiende largo rato. Cediendo al fin al número, cae, y le llevan moribundo á la tienda de Gonzalo de Córdoba, jefe de los sitiadores, quien le amenaza con darle muerte si no obliga á los sitiados á entregarse en seguida. La Palice escucha con calma á Gonzalo, y le contesta: «Que me lleven al pié de las murallas.» Una vez allí hace llamar á su lugarteniente, y le dice:

«Ya veis, Cornon, que me amenaza Gonzalo con quitarme un resto de vida si no os rendís inmediatamente; os ruego, amigo mio, me considereis ya como un hombre muerto; sed fiel á vuestro deber para con el rey y la Francia, y defended la plaza hasta el postrer aliento.»

Aunque airado Gonzalo, no llevó á cabo su amenaza, y

prefirió canjear á la Palice con un capitán español de igual graduación que su prisionero. La Palice curó de sus heridas y llegó á ser mariscal de Francia.

§ XI. DEBERES DE FAMILIA.

PADRES Y MADRES.

En el cariño que profesan los padres á sus hijos hay alguna cosa de heróico, causándoles satisfacción personal la buena conducta de un hijo. Aplauden todo lo que hace en su propio interés bien entendido y se alegran de la misma felicidad que se procura. (B.)

¡ Dichosos los hijos que sus padres guían á la perfección, ménos por la vía larga y difícil de los preceptos que por el corto y fácil camino de los ejemplos! Son imagen viva de la virtud haciéndola sensible á sus ojos. No es la virtud elevada por encima de la humanidad, que los filósofos representan sentada en una roca escarpada al cabo de un largo y áspero camino; es la virtud presente, accesible, por mejor decir, familiar, que aprenden pronto los niños por afición y por instinto, que creen ver y tocar; y que parece tomar una forma corpórea para acomodarse á la debilidad de su razón naciente, para excitar en ellos no una admiración estéril sino una imitación utilísima. (AGUESSEAU.)

Respuesta de Agesilao.

Agesilao, rey de Lacedemonia, otro de los hombres más célebres de Grecia, se entretenía un día corriendo á caballo montado en un bastón para distraer á su hijo, entónces de corta edad. Un testigo de esta escena no pudo ménos de reirse. «Amigo mio, le dijo aquel héroe, no te burles tan pronto; para juzgar la conducta de un padre espera tú hasta que lo seas.»

La señora de Sevigné¹.

La señora de Sevigné amaba á su hija con pasión, y cuando tuvo que separarse de ella, exhalaba sus emocio-

1. Esta mujer célebre murió en 1696.